

Un graduado cualquiera

Arsenio es uno más, no destaca. Si lo ves por la calle, jamás repararás en él. Recién graduado en periodismo, ya ha alcanzado la maestría en el arte de entregar currículums. Pero por mucho que los reparta, ninguna redacción le ha ofrecido de momento un contrato de prácticas. Si ya es triste ser un becario fracasado, qué decir tiene si este becario tiene un gato. Y lo que tienen en común los gatos y los graduados en periodismo es que ambos necesitan comer a diario. Por eso, Arsenio, se decide: reinventarse, o morir. Va a hacerse asesino a sueldo.

Del dicho al hecho, hay un gran vacío teórico. Y es que tanto Arsenio como su gato son seres pacíficos, y saben poco del arte de matar. Pero hay barrios que parecen contruidos para ofrecer la solución a cualquier problema, y Arsenio tiene la suerte de vivir en uno de ellos. A menos de cien metros de su portal, tiene todo lo que necesita: dos edificios en los que aprender tanto la teoría como la práctica. A la derecha, la Biblioteca Pública Municipal Mario Vargas Llosa; a la izquierda, la sección de charcutería del Mercado de Barceló.

La empleada de la biblioteca no se inmuta cuando Arsenio le pide alguna recomendación de lecturas sobre mercenarios –preguntas más raras ha oído–. Con una sonrisa, le sugiere un par de novelas de detectives, tres de suspense y «Al otro lado de la pared» de Laura Nuño. Arsenio hinca los codos y se sumerge en la lectura. Otrora estudiante aplicado, va tomando apuntes para no perderse ningún detalle. “Llevar guantes. Solo en efectivo. Destruir la tarjeta SIM”. Por primera vez se alegra de su físico anodino, algo bueno tenía que tener.

Dos días y seis libros después, se siente preparado para pasar a la práctica. Y sabe quién le va a ayudar. Uno de sus compañeros de promoción lleva tres meses trabajando en un puesto de charcutería en el Mercado de Barceló, y suministra alguna que otra sobra al gato de Arsenio. Pero ¿cómo pedirselo? Arsenio intuye que, si le pregunta directamente cómo asesinar a un ser humano, su amigo sospechará. Así que se inventa una formulación más ambigua: “oye, ¿me puedes enseñar cómo usas el cuchillo?”. Su amigo, que todavía recuerda los apuntes de Opinión Pública que Arsenio le había prestado en la carrera, no se niega. Practican durante toda la tarde, hasta que el corte sale rápido y seco. Arsenio se siente preparado.

Es hora de pasar a la acción. Baja la persiana, abraza a su gato y abre Milanuncios en el portátil. Se acuerda de los cuatro años de carrera cuando se enfrenta a la caja de texto. Escribe:

SE OFRECE EXTERMINADOR

¿Crees que el mundo sería un lugar mejor sin algunos mamíferos? ¿Te gustaría ver desaparecer a alguno en particular? ¿Quieres canalizar, por fin, ese odio que guardas en tu interior?

¡Entonces esta oferta es para ti!

Se ofrece especialista en técnicas de corte y desangrado, para la eliminación completa y limpia de seres indeseables. Discreto, eficiente y a precios razonables. Posibilidad de descuento por encargos múltiples. Opción muerte indolora.

Cierra el portátil y percibe la aprobación en la mirada de su gato. Pero pasa una hora y ya se notan aires de preocupación en la cara de Arsenio. Dos horas después, un sudor frío recorre su espalda. Tres horas después, suena el teléfono. Tiene un mensaje de un número desconocido: “¿dónde y cuándo?”. Pálido, responde: “Mañana, 10am, bar segunda planta Mercado Barceló”.

Ya no hay vuelta atrás. Afila el cuchillo. Lo guarda en la bolsa de tela que pone “Besa y Lee”. Prepara los guantes y las gafas de sol en la entrada. E intenta dormir, pero no puede; maldice su suerte, la bolsa de empleo de su universidad y los precios de los alquileres en Madrid. ¡Si hubiera estudiado ingeniería! Al final se duerme, y a su lado el gato se queda en vela, protegiendo la frágil paz que reina todavía en el alma del futuro asesino a sueldo.

Se despierta con el sol. Se viste de negro, un color impuesto por el oficio. Se mira al espejo y, de repente, le inunda un extraño orgullo: “Al menos, tengo trabajo”. Se despide del gato, coge una libreta, un bolígrafo y el cuchillo. Sale del portal.

Huele a otoño porque ha llovido. Avanza lentamente hacia el mercado –quien rige sobre la vida y la muerte no debe entregarse a las prisas–. Se detiene para observar el vuelo de una hoja. Piensa que, si al final existe la reencarnación, ser asesino a sueldo tampoco es tan grave. Pero esta idea no le convence del todo. De repente, tiembla. Quiere escapar. Siente que lo observan desde los balcones, que lo persigue el fantasma del mercado, y con él, la sombra de la biblioteca en la que aprendió, al menos, en teoría, a matar. Se para en seco en medio de la carretera.

Entonces suena el teléfono. “Hola, ¿Arsenio Hernández? Le llamo del periódico La Ciudad. Hemos recibido su currículum y tenemos un puesto de becario a tiempo completo, 400 euros al...”. Sin terminar de escuchar la oferta, grita: “¡Sí, quiero!”.

Arsenio está feliz. Si, al final, lo de asesino a sueldo no era lo suyo. Se aleja, saltando de charco en charco como un niño.

Aquella mañana, el agente de paisano que esperaba a Arsenio en el bar del Mercado de Barceló se tomó dos cafés y revisó varias veces el reloj antes de pedir la cuenta.

Al día siguiente, Madrid se despertaría con un asesino a sueldo menos y con un becario más.